

Editorial

A propósito de la economía de hoy

El debate inacabado en el seno de la disciplina económica que abarca los últimos sesenta años y cuyos avatares lo colocan en el escenario intermitentemente, continúa impertérrito en su columna vertebral : las diferencias irreconciliables entre los planteamientos de Sraffa, la señora Robinson, Kaldor, Passinetti, Kalecki, versus lo sostenido por Samuelson, Solow, Hayek y Von Mises, entre los más esclarecidos representantes de lo que entonces se denominó las “dos Cambridge”. El tema del concepto de capital y de productividad que generó la crítica al neoclasicismo por parte de la escuela inglesa, hizo afirmar a ésta que no existía una unidad de agregación de los bienes de capital heterogéneos correspondiente a la función de producción, que permitiera satisfacer las condiciones del modelo *estándar* neoclásico, relativas al flujo de la producción, el precio de los factores y la distribución de la renta. Piero Sraffa se empeñó en demostrar la imposibilidad de que la distribución tuviera algún parentesco con la productividad de los factores; en particular, que el salario proviniera de esta última, llegando a afirmar que el “producto marginal de un factor no sería sólo difícil de encontrar, sino que no habría dónde encontrarlo”. A lo cual respondieron los neoclásicos del MIT que el capital podría asimilarse a un “número índice” que representara el valor presente del mismo, asumiendo la tasa de interés como dada, es decir, la misma en diferentes tiempos y reflejo de aquel valor; el salario estaría determinado por la productividad que se obtuviera del cálculo del mencionado índice, independizando las remuneraciones del capital y el trabajo en términos de la función de producción agregada. Mirless matizaba estos argumentos manifestando que los mismos no deberían ocasionar ningún tipo de “apasionamiento”. En fin, lo claro es que con o sin apasionamiento, la polémica continúa en nuestros días, por supuesto bajo otra perspectiva.

Hoy, formalmente, no existe un debate abierto y generalizado entre los economistas académicos, investigadores o profesionales acerca de la vigencia de estos problemas o crisis de la economía, a la manera de las “dos Cambridge”, según Heilbroner. Y no se trata de que en la discusión haya habido un ganador absoluto (*contradictio in adjecto*) pues ciertamente lo que ha triunfado es la política o, lo que es lo mismo, el poder de una amplia burocracia diseminada por todas aquellas esferas donde la disciplina es objeto de formulación y práctica. Al respecto resulta iluminante lo que Wallerstein afirma : “(...), las disciplinas, en cuanto organizaciones, confieren prestigio y rigen el avance dentro de la jerarquía de la carrera académica” y “aunque en público rinden pleitesía a la interdisciplinariedad, al mismo tiempo se aseguran de remarcar los límites de la permisibilidad de su ejercicio”. Desde que la sociedad pensó haber encontrado en el determinismo causal la panacea y protocolos *ad infinitum* de la verdad científica, estas organizaciones asumieron la tarea de decir qué es ciencia y qué no lo es. Avanzando el tiempo, eso se ha convertido en un celo con visos patológicos, bien cimentados en

el interés ideológico de dominio por parte del capital. Por ejemplo, en la disciplina económica, el caso de Georgescu Roegen es manifiesto : su obra *Economía y Naturaleza* que por vez primera adelantó un metódico y profundo trabajo de carácter interdisciplinar, colocando en función de la explicación económica los aportes de la termodinámica, fue silenciado en los círculos académicos, en cumplimiento de las exigencias de “cientificidad” provenientes del determinismo newtoniano y la versión racionalista (Descartes/Leibnitz), que aún preside la ciencia convencionalmente aceptada, no obstante el empuje de la heterodoxia ideográfica, compleja y, en general, posclásica que existe en economía de tiempo atrás. [Sobre este punto, la parte de *Teoría Económica* de este número de *Apuntes del CENES* presenta un bien estructurado artículo del profesor francés Marc Lavoie].

Así las cosas, lo que el mundo académico no santifique eventualmente podrá ir a la papelera, cuyo archivo se denomina *economía política*. Cuestión que evidencia la función de la ideología dentro de la disciplina, la parte *a-social* de la misma.

Ahora, en términos más recientes, el desarrollo de la teoría neoclásica ha buscado dar respuesta a muchos de los problemas planteados por la crítica externa a sus postulados. Desde el “replanteamiento de técnicas” con el cual Samuelson contestó la crítica a la función de producción, hasta la respuesta que hoy existe respecto del tema de la relación entre utilidad del consumidor y costos de producción del empresario. Respuesta esta última que reemplaza la elementalidad de aquella relación (proveniente de la Escuela austriaca), valiéndose para ello de la formulación de los equilibrios múltiples de Nash a propósito de los juegos no-cooperativos, así como de la teoría de reducción de costos, desarrollada a través de la economía de la información (Mas-Collel, Kreps). Avances estos sobre la *complejidad* en economía que buscan acercarla a un tratamiento interdisciplinar cada vez más enriquecedor, cuestión que se puede observar en los pasos importantes por incluir la dinámica no-lineal, la teoría de sistemas, la teoría del caos, la geometría fractal y las probabilidades, en el mundo cerrado del determinismo y su dinámica lineal, alterando gradualmente, pero de forma radical, la mirada restringida que prevalece como “ciencia” económica”. Valga decir que se está expresando nitidamente una transición entre el mundo de las certezas hacia el de la incertidumbre, en donde es mucho más rico –y real—hablar de probabilidades que de “hechos estilizados”, invariantes y acabados. El papel del célebre “agente representativo” del mundo del consumo, que recorre también el mundo de la macroeconomía, resulta también seriamente cuestionado. Pero todavía esos desarrollos teóricos comportan formas de expresión problemáticas, sin duda propias de toda revolución en el pensamiento. El término *ad portas* resume bien el estado de cosas existente hoy en la disciplina económica y, en verdad, en todas las disciplinas del conocimiento. Se insinúa aquí un auténtico *cambio de época*.

Como siempre, la invitación es a que el mundo de la academia en nuestro medio, genere un espacio en donde estas cuestiones, presentadas aquí de manera abigarrada y suscita, puedan concitar la atención dialéctica de quienes trabajan sin prisa pero sin pausa por esta causa del conocimiento, en la agri dulce *época de cambios* que vivimos con la globalización.

Manuel Francisco Caicedo Ruiz
Director - Editor